

Arsenio hizo un gesto desdefioso. En seguida, tornando á acostarse, gruñó:

—¡Ah! la incredulidad humana... No te irás porque ya tienes empleo... Conti... Yo se lo dije á Conti... Don Mauricio Orvañanos, no... Orvañanos, te dará...

Linares habíase levantado, acercándose con presteza á la cama. Descubriábase en su cara enjuta la duda y la esperanza. Sin embargo, no pudo oír más, porque su amigo, reanudando el interrumpido sueño, mascullaba las últimas palabras.

—Arsenio, Arsenio... Dime... Despierta...

Le zarandó de lo lindo. Ni por esas. Urizar era una piedra.

—Por favor, Arsenio...—suplicaba, inclinándose:

—Con mil diablos, déjame dormir... Orvañanos, Orvañanos te necesita...—Y ahogando un estruendoso bostezo, hundió el rostro en la almohada.

Linares quedóse en pie, extático, frunciendo el ceño.—Por las rendijas de la carcomida puerta, deslizábanse hilillos de luz líquida, que se desvanecían en la semiobscuridad del cuarto. Sobre la mesa, agonizaba la vela,

dejando caer á lo largo de la botella chorros de parafina líquida.

Amanecía.

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1923

VI

Tornaba doña Mantela de la tienda de la esquina, con los vivarachos ojuelos fijos en tierra, cuando, al entrar en el patio, divisó á Estéfana que, encorvada, con la mugrienta cesta al brazo, descendía de la escalera con paso medurado, cual si honda preocupación y fatiga la conmoviesen. Detúvose, y, sonriente, mostrando las negras encías desdentadas, esperó la llegada de la doméstica.

—Eh, querida Estéfana, ¿por qué tan tris-tona? Si tiene usted cara de inquina, hija... La cocinera, habituada á las dulces re-

convenciones de su excelente amiga, alzó hacia ella los ojos hundidos, murmurando:

—Para jolgorios está una con estas perreñas que le suceden, doña Manuela.

La vieja hizo un gesto de fingido azoro. ¡Por María Santísima de los Remedios! ¿Pasaría algo allá arriba que ella ignorase? No, estaba cierta de que no. —Mas, por si acaso, dispúsose á escudriñar el alma sencillota y buenaza de su interlocutora.

—¿Pero qué le puede suceder á usted, mi buena amiga? Si no cambiaría su vida por otra de ricos. En aquella santa casa todo es paz.

—¡Así se le figura á usted!

No, no, Estéfana se equivocaba. —Creía de buena fe que la felicidad reinante en casa de la familia Fernández, no podía trocarse por la mejor entre las mejores. Y si no, allí estaba ella, pasándola como Dios se lo daba á entender: por la mañana, su taza de café con un bizcocho; á medio día, la sopa de fideos y el cocido, hechos así, á la ligera; por la noche, su chocolate confeccionado con migas por los puercos tenderos. . . . ¿A eso se atrevía alguien á llamarlo suculento?—Y luego, haciendo un gesto de humanidad, con

semblante sumiso, prosiguió en sus amargas quejas:

Sufría mucho, muchísimo. Que no lo dudase Estéfana. No eran bastantes sus fatigas para ganarse el cotidiano pan, pagar el cuartucho en que moraba, y arrojar á los pies de *Matasiete* un puñado de maíz: se la insultaba y se la malquería. ¿Por qué? Algunas gentes que andaban en negocios nada limpios por la calle, permitíanse llamarla chismosa. ¡Chismosa, sí señora! Como si tal dictado merecieran los que se ocupan de la vida ajena para moralizarla, prodigan cariño en los momentos dolorosos, y contribuyen con el propio regocijo cuando de celebrar faustos se trata. El día antes nada menos. . . . ¿No se lo había dicho? . . . Pues el día antes charlaba amenamente con doña Silveria, cuando la Clara ó la Ruiz, como había dado en llamársela por razón de sus pretensiones teatrales, salió furibunda á la puerta de la vivienda gritando: «Oye tú, madre, te he repetido una y mil veces que no quiero habladurías. . . . Anda, entra, entra. . . .»—¡La jactanciosa! ¡Como si fuera una princesa! ¡Ella, que permanecía horas enteras con unas chancas que daba miedo verlas!

—Por la santa memoria de mi madre, que en el cielo esté,—interrumpió Estéfana, haciendo visajes,—yo creo también que esa señora es una *jaitanciosa*. Media docena de veces ha ido á la casa. La niña no la traga. El sinvergüenza de don Alberto no se despegade sus faldas en cuanto la ve... Y Magdalena está que se las pela por ella... Y yo digo: la tal Clarita nos va á traer desgracia; no hallo nada bueno en su cara pintada... Pero, ¡qué quiere usted! La señora, que no sale de la Santa Veracruz y de la compañía del P. Morales, cierra los ojos y poco le importa lo que pase...

—¡Lástima, lástima, Estéfana!... Pero, dígame, ¿son esas las perrerías de que habló al principio?

Humilló la maritornes la cabeza entrecana. Había en su actitud mucho de la bestia entristecida por las penalidades del amo. Sacó el pañuelo, sonóse con estruendo, y frotándose las manos en el sucio delantal, dió un suspiro de aquellos que llamaba *jondos*, quizás por su intensidad ó lo profundo del dolor que traducían.

—No, no es eso nada más... ¡Ojalá! Si todo no pasara de allí, me conformaría...

La vecina del descansillo dióla suaves pal-

maditas en el hombro, suspirando también.

—¿Pues qué pasa? Mire que estoy con el alma en un hilo...

Estéfana contentóse con murmurar:

—La pobrecita niña...

¡Jesús! ¿A la linda muchacha se refería?—

A ver, que desembuchara. De mil amores habría de escucharla. Y... quién sabe, quién sabe si ella misma la sacase de aperturas... Y en voz baja, que aun más débil hacía el atronar del caserón, la cocinera, dejando el cesto en el suelo y poniéndose en jarras, contó lo sucedido.

—¡Ay, doña Manuela de mi alma! Antañita está malucha. Ha llorado. Amaneció con unas ojeras y una color...

Con plañidero acento prosiguió. En su atezado rostro pintábase á veces sincera lástima. La niña sufría; la niña derramaba lágrimas. No eran bastantes sus faenas rudas para dar el bocado á los holgazanes que la asediaban. Sus penas no se reducían á la labor diaria, á la labor odiosa que la agostaba: era menester que albergase en un rinconcito del alma ajenas angustias.—Y la criada chillaba con su voz ronca de fuele viejo.—¡Oh! los hombres... ¿Para qué la

niña se enamoró de un descamisado que no tenía sobre qué caerse muerto? . . . Le quiso con el alma . . . Y todo, ¿con qué objeto? . . . Ahora se marcharía él, dejándola triste y llorosa, sin tranquilidad ni risa en los labios para acometer la dura tarea á que su buen natural y su mala suerte la impelían.

—Los hombres, los hombres . . . —gruñó la ropavajera.—Cuando en ellos pienso, se me erizan los pelos . . . Si usted hubiera conocido al mío . . . Sólo nosotras, las que hemos llevado á cuestras la carga de un envidiado ó pobrete, sabemos lo que valen.

La cinta de sombra que cubría el rincón del patio, donde charlaban, borrábase poco á poco. El sol, asomando su disco rojo por encima del muro, envolvía en cariciosa luz los tiestos que verdeaban ya; la húmeda tierra, de la que se destacaban hojas secas y basuras; la parlera fuente, que allá en medio se erguía con su brocal centenario, desgastado por los cántaros y cubas de tres generaciones. Bajo el techo metálico, dobladas ante los lavaderos, tres muchachas mefletudas, de trigueña tez, de senos blanduchos, con las blusas de percal hechas girones, lavaban la ropa sucia de los bebés, que exhalaba emanaciones pestilentes. La portera, deseosa

de saber lo que las viejas tramaban, paseaba, arrastrando sus zapatos rotos de aquí para allá, escoba en mano.

—¡No lo decía yo!—exclamó doña Manuela, guiñando los ojos.—Usted se halla en ayunas, querida Estéfana . . . No sabe que la señorita recibirá un gustazo . . . ¡Vaya, que no se lo cuento!

La cocinera, que, compungida, iba á marcharse, miró fijamente á la otra. Imploraba con los ojos; su cuerpo enteco, estremecido de gozo y curiosidad, reclamaba con ansia el lenitivo de la tristeza de Antoñita.

—Bueno, allá va . . . Don Eugenio no tomará las de villadiego, sino que permanecerá aquí, en su cuartito, hasta que Dios lo mande . . . ¡Ha conseguido empleo!

Presurosa, sin esperar mayores explicaciones, Estéfana corrió. Los peldaños de la angosta escalera resonaban, y gimoteó la puerta al sentirse empujada por la vieja, que no paró hasta entrar en casa, sudosa, sin aliento casi. Detúvose ante la puerta entornada de la sala. Por el espacio abierto, percibíase el mauso rodar de la máquina, entrecortado á veces por ruido de tijeras ó de telas que se rompían.—¿Se lo diría, así, de pronto? ¿Su naturaleza delicada no su-

friría una fuerte conmoción, al pasar de la pena al regocijo? Sus entendederas, de por sí escasas, nada pudieron aconsejarla en tan grave aprieto; y guiada tan sólo por el instinto, Estéfana entró cual una tromba.

Paróse la máquina. Un presentimiento auguraba á Antoñita que algo nuevo y hermoso escucharía. Volvió el rostro ténue-mente lívido, y fijando apenas en la criada sus ojos circuidos por ojeras de insomnio, le preguntó:

—¿Qué hay, Estéfana?

—¡Ay, niña de mi alma, que no sé cómo responder!..... Las palabras se me atragantan. . . . ¡Ay, niñita! Alma mía, vida mía. . . .

La moza se puso en pie, interrogándola; Lena, que leía tendida en la alfombra, junto á la ventana, un novelón por entregas, prestó atención. Rascóse la vieja la entrecana testa; hurgó sus narices no muy limpias; y, contemplando á su ama con pupilas chispeantes, animadas por expresivo fulgor, repuso, ahogada por la emoción:

—¡Pues nada! Que don Eugenio no se va. . . .

Antoñita retrocedió con la cara arrebolada. Hundió sus dedos febriles en la cabecera de oro, y luego, abrazando á Estéfana

apenas si logró murmurar una frase, con las pupilas brillantadas por las lágrimas.

El sol retozaba sobre la alfombra. Lo había conquistado todo: los *bibelots*, la lamparilla azul, que refulgía, con la sonrisa de su globo de limpio cristal. Bocanadas de aire tibio, vivificante, venían del exterior. Las matas de los tiestos, antaño amarillentas, se ofrecían con balanceo imperceptible á la luz.

—No llores, niña. . . . No llores. . . . ¿Por qué llorar cuando una está alegre?

—Pero, hermanita, ¿qué es eso de gimo^o tear como un bebé?

Ella levantó el rostro del seno enflaquecido donde lo posara. Sonreía dulcemente, con los párpados húmedos.

—Es que no sólo se llora en los momentos de pena. . . .

—¡Andal! ¿Qué lágrimas, ni qué tres cominos! La nueva te hizo gracia, ¿verdad?—exclamaba Lena, saltando tan alto como sus ágiles pantorrillas se lo permitían.

—¡Demontre de muchacha! Si no puede estarse quieta. . . .

Era la buena Estéfana, que, una vez más, prodigaba acres censuras á las cabriolis de la pequeña. Y hubiese proseguido en su fi-

épica, si Antoñita, mimándola de hecho y palabra, no pusiera su mano cariñosa sobre los labios de la criada.

—Que no haya regaños ni peleas en esta casa. Hoy es día feliz. Alegrémonos, alegrémonos....

¡Alegrémonos! ¡Como si toda la familia estuviese para alegrías sanas! Allí veía metida en la Santa Veracruz á doña Pepa, adorando santos más de la cuenta. ¿Y don Albertito? ¿Cuántas noches hacía que no osomaba las narices por aquellos andurriales?

—Pero, ¿qué más?—dijo Antoñita, reprimiendo secreta amargura;—¿qué más quieres que nosotras tres? Con tres, basta y sobra para el placer.

Callaron. En tanto que la vieja observaba confundida la falda que su predilecta confeccionaba, prodigio de gracia y arte costurero, y la morenita de caderas prematuramente desarrolladas volvía á sus entregas apiladas en el suelo, Antoñita extasiábase ante el girón de cielo azul que se columbraba más allá de las matas rejuvenecidas por el hálito de la primavera. Sonoras, argentinas, dejáronse oír las campanas de San Juan de Dios: el infantil repiqueteo de las

esquilas confundíase con el bronco son de la campana mayor. Llegaba hasta la salita cual turba de pájaros alegres, agitando el aire, estremeciendo el ambiente hasta entonces hundido en una especie de vaga somnolencia.

Mientras Antoñita prestaba oído atento á los repiques, Estéfana saltó, demudada, temblorosa.

—¡Las doce! ¡Las doce!—dijo, plantándose delante de la puerta.

—Pero, mujer, ¿qué sucede?

—¡Poquita cosa! Que en la cocina no está el cocido puesto, y que no fui al mercado.—Y se alejó, con el pisotear embravecido de sus chanelos, gruñendo pestes en contra de los hombres, que eran culpables, en concepto suyo, aún de las omisiones de las sacerdotizas del fogón.

Antoñita recorrió el cuarto, canturreando. Su alma, poco antes amargada y nebulosa, gozaba ahora de una placidez sedante. Por capricho acercóse al espejo que su hermana dejara sobre la mesa momentos antes. En su rostro dibujábase clara alegría, que se dilataba desde los labios delgados hasta los azules ojos. Las diminutas orejas no perdían el rojo tinte de la emoción, y los rebeldes ri-

zos revolucionaban sobre la frente, como poseídos también de grato júbilo.

Hubo de contemplarse breves instantes, y, al fin, haciendo una mueca graciosa, dijo en voz alta:

—Ya... ¡Hasta yo me he vuelto presumida!

Después, percatándose de que su hermana no tenía interés mayor de gastar conversación, por motivo de hallarse en tal instante á mil leguas de la realidad, entregada en cuerpo y ánima á los intrincados lances del esperpento literario, dirigióse como de costumbre al ventanuco, y allí dejó corretear la mirada por los amplios horizontes.

—¡Ay, chiquilla!—murmuró.—¡Qué feliz soy! Hace días me gustaba serlo á solas, escondiendo mi cariño á los ojos de tí y de mamá: hoy gozo de que todas lo conozcan, y sepan mis alegrías y mis penas... Pero, ¿no me haces caso?

—Espérate... Estoy en un enredo... El conde quiere matar á la condesa; viene Ketty, la doncella, y el mayordomo del castillo, y...

—Déjate de nobles... Platiquemos.

—Un momento... ¡Ah! la mató... ¡Qué canalla y qué grandísimo sinvergüenza!

Y Lena dobló la página, yendo á unirse con Antofita, que entonces prestaba atención á una banda de pajarillos que recorrían las azoteas.

—Te decía, lectora de mis pecados, que estoy muy contenta...

Se deshizo en proyectos para el porvenir, que ogaño se ofrecía risueño. Linares era honrado; sería trabajador, serio, amoroso. Después del noviazgo, se casarían. ¿Qué cosa más natural?—Pero que la picarona Lena no fuese á contarlo. Eso decíalo ella en reserva, á la callandita. Y viendo que la moza oía embobada tamañas fantasías de idilio casero, la preguntó, cual si diese salida á una idea de días atrás acariciada:

—Y tú, muchacha traviesa, ¿por qué no tienes un amorcito? Mira: ¡hay tantos jóvenes pobres, de nuestra clase y condición, que pudieran convenirtel...

La chica removi6 la tierra de uno de los tiestos, pensativa. Después, sonriendo con malicia, con aquella malicia innata en ella, contestó, dejando á Antofita estupefacta.— ¡Dios santo! ¿Casarse con un hombrecillo cualquiera? ¡Ni loca que estuvieses! ¿Ya la veía su hermana tan corta de años como de caletre? Pues así y todo, no la pasó jamás

por la imaginación irse á vejetar en un tabuco de barrio, con un galán pobre por marido. De pretendientes risibles estaba hasta la coronilla. El señor Conti, ¿no lo sabía Antoñita?, el señor Conti, antes de meterse en líos con la jamona de Eloísa, había echado el anzuelo sin resultados. Y cierto caballero que vestía eternamente un trajecillo azul, así, como Linares, rondó durante semanas la casa, soñando con hacerla su novia; pensando quizás que ella carecía de ambiciones, y aspiraba tan sólo á la estúpida miseria conyugal.

Suspensa quedó Antoñita al escuchar tales razonamientos, hasta entonces no oídos de labios de Lena.—¿Qué lenta, qué misteriosa transformación se había efectuado en ella? En el espíritu de Antoñita, no perturbado nunca, aunque temeroso por la educación de la hermana menor, formóse el proceso de ésta. Con la primera dieba, con la buena nueva de sus amoríos, vino la primera amargura hasta aquel día no sentida. No hubo de notar antes un cambio radical en el modo de pensar de la chica; que ellos no se verifican de súbito, sino que vienen preparándose á través de las circunstancias y de los días.

Lena era la moza frívola, ligera de cascos, que siempre tenía los ojos abiertos para la felicidad, mas nunca para los sinsabores. Jamás se la ocurrió inquirir cuál era la base y sostén de su vida, de dónde salían los recursos necesarios para subsistir, ni cómo podían éstos aumentarse mediante el esfuerzo de otro individuo de la familia. Sabía que Antoñita cosía, que Antoñita se marchitaba junto á la máquina; que doña Pepa se perecía por las festividades religiosas, andando de continuo entre incensarios y curas; que Alberto, no obstante ganar un mísero sueldo, derrochaba y vivía una vida de crápula, sin aportar un centavo al mantenimiento del hogar.—Lo sabía todo, y todo parecíala lo más lógico del mundo. Alberto iba para médico con pasos de tortuga, pero al fin y á la postre, médico sería; doña Pepa se abrazaba al templo, madriguera de desengañadas y vencidas. Por lo tanto, nada tenía de asombroso que la primogénita trabajase, máxime cuando ella, Lena, era la de más corta edad y cortísimos alcances.

Dada por temperamento á la molicie, jamás se interesó en conocer el manejo de una aguja ó la materia de un libro. Libros y agujas eran para ella, en otro tiempo, cosas

que no fijaban su atención; y ahora, mamotretos indignos de la mano blanca de una señorita que aspiraba á salir de ambiente tan mezquino. Pasaba las horas muertas sin hacer nada, recostada en el sofá, mirando el cielo bañado de sol, mientras que Antoñita no apartaba los ojos de la faena. En el tocador, ante el espejo iluminado por viva claridad, deteníase largos instantes, en ocasiones mañanas enteras, sumida en una adoración de su cara y de su cuerpo; atenta á las manchitas que pudieran deslucir el cutis; al color de los labios; á la expresión de los ojos. No era, como Clara Ruiz, negligente á ratos en el embellecimiento de la persona. Siempre la invadía el deseo de aparecer bonita, seductora, con la gracia sensual de su color moreno, de sus senos exuberantes, de sus caderas redondas.—Antoñita hablase dado cuenta, además, de que Lena, aunque amante del buen parecer, de la elegancia coqueta, desde que pasara sus botitas de niña por Plateros, de la mano de su madre, nunca tuvo, como hoy, grandes exigencias.—Quería trajes en regular número y de no maleja calidad; reclamaba sombreros: no ya el *canotier* de cortas alitas y de angosto listón, sino la forma de moda, ora

semejante á un jardín por la profusión de flores que la adornaban, ora á revuelta maleta de saltimbanquis, por la abundancia de colores y ciatajos.

Pero lo que más vivamente hería á la modestilla, era el recuerdo de una escena, acaecida semanas antes, en la recámara donde solía bañarse:

Lena había entornado los maderos de la ventana, y allí mismo, junto al lecho, desnudóse lentamente, mirando con atención de niña precoz sus miembros, á medida que se iba despojando de las perfumadas ropas. Quitóse con lentitud la blusa blanca, ornada con recortes de encajes que á Antoñita sobraban; la falda de lana negra que libraba á sus carnes de la crudeza invernal; los chocos de charol un tanto deteriorados, ante cuyos tacones desiguales por el roce del suelo, puso mal gesto; las medias negras de algodón; la camisa blanca de *calicot*, que adquiriese con el uso la misma suavidad, la misma tibieza de su cuerpo agitado por el fuego de la pubertad.

Cuando estuvo desnuda, envuelta en oleadas luminosas, contemplóse. Su mirada iba desde las rosadas extremidades de sus senos, hasta la punta de sus pies, so-

bre los cuales se destacaban las uñas nacaradas. Despacio, muy despacio, como si temiera perturbar su actitud contemplativa, se acercó á la tina de hojalata, en la que el agua burbujeaba. Introdujo una pierna, estremeciéndose al sentir el halago del líquido; hundióse después hasta la cintura; y ya que estuvo sentada, con movimientos pausados de gatita se tendió de espaldas: con el agua hasta la barba, dejaba que sus ojos vagasen por la masa transparente, allá por donde se adivinaban las curvas deformadas por la posición del cuerpo, la piel morena, infiltrada de tibieza, y los pies pequeños, de menudos dedos, aun rojos por la opresión del zapato. Y más tarde, al levantarse, miróse de pie en la tina, soñando con aquellas cortesanas orientales de que su amiga la hablara.

Así la encontró Antoñita, que, extrañada de su tardanza, habíase asomado por la puerta.

—¡Ay, Antoñita, Antoñita, no me veas!— gritó, tornando á meterse en el agua, en una explosión de su aun no muerto pudor.

Y Antoñita retiróse un sí es no es cortada. A su mente venían ciertas escenas pa-

recidas á la que en su hermana sorprendió, de las cuales se hacía lenguas doña Manuela, quien á eso del medio día se acercaba con sigilio á la recámara de Clara Ruiz, confesando después á todo el mundo haber visto á la muy pícara en cueros vivos, «mismamente como su bienaventurada madre la había parido.»

Ahora lo evocaba todo, cuando Lena sonreía con malicia al oír sus encantadores proyectos de vida futura. —Sí, el mal venía de abajo, del tugurio apenas alumbrado por un rayo de sol, donde alentaban una existencia soñadora de grandezas dos seres enfermos, podrido fruto de una casta social.

No enojada, sino triste, acarició con su mano santificada por el trabajo, el rostro de la muchacha.

—No, hermanita, no... Piensa que la felicidad no está allí donde tu crees. ¿Para qué buscarla en otra parte, si la tenemos aquí, al alcance de la mano, junto á nosotros, en el pedazo de pan que comemos, en la casita pobre que habitamos, en las gentes queridas que nos rodean?

Y Lena no respondía, errabunda la mirada por las calles que recortaban aquí y acullá el montón informe de techos; por las arte-

rias de la ciudad que trepidaban con el trepidar ruidoso de la vida moderna.

Antoñita caviló en su impotencia. Reconocíase sin fuerzas para apartar á la chiquilla de aquella senda. ¡Ah! si pudiese arrancarla de las garras de la Ruiz, la virgen á medias por la que experimentaba secreta repugnancia; si pudiera reducirla á la existencia laboriosa y callada del hogar... Mas no, no era posible; la mocita, aunque dócil en la apariencia, era rebelde en el fondo, y resistía á todo consejo encaminado á apartarla de su amiga, máxime cuando su madre, que sentía por ella especial predilección, apoyábala contra viento y marea.

Suspiró, dejando de acariciar la barba de Lena. Había en su silencio un dejo de amargura que no pasó desapercibido á la superficial penetración de la chica, la cual estalló en sonora risotada, colgándose de su cuello, besándola en los ojos, en los labios, en las mejillas, en los cabellos.

—¡Eh, monina! Al diablo esa cara mustia. Si yo te quiero, si yo te quiero, si yo te quiero...—gritaba.—Luego, poniéndose seria, como si una idea entrase de rondón en el alborotado recinto de su cerebro, añadió, besándola con mayor fuerza:—Oye aho-

ra que me acuerdo... Me prometiste un vestido azul, así, de *nansá*... ¡Sería tan bonito!... ¡Y en primavera!... Clara va á comprar uno; ¿me comprarás tú otro?

Antoñita, rehacia al escuchar el nombre de la enemiga, cedió al fin, asintiendo á los infantiles ruegos de Lena, que, saltando como un gozquecillo, giraba en torno de ella, lanzando chilliditos de triunfo. Por la ventana entraba el claro sol; frescas brisas movían las tiernas hojas de los tiestos. Afuera, los canarios trinaban, picoteando sobre las tablas sucias de la jaula, granitos amarillentos de alpista.

—¿Oyes?—dijo la chiquilla.—¡Hasta los pajaros se alegran de mi vestido! ¡Ah! yo te lo pagaré, yo te lo pagaré...

Y huyó desalada por la puerta.—Riendo, con las faldas hasta la rodilla, repetía, con voz estridente de pilluelo:

—¡Yo te lo pagaré, yo te lo pagaré, yo te lo pagaré!

Hallábase por la noche Antoñita atareadísima. Menester era dar la última puntada á la elegante falda que le encomendara Madame Bernard. Trabajaba á la luz de un quinqué, musitando la eterna canción. A sus palabras de amor, la máquina respondía

con severo *trac trac*. La tristeza que la produjeran las confidencias de su hermana, habíase mitigado. La esperanza acariciada desde por la mañana, el deseo que la impulsaba á laborar de prisa, á fin de encontrar á Eugenio en la Alameda, manteníase firme, comunicando agilidad á los dedos finos, y alegría á las pupilas que parecían sonreír sin perder por ello su melancolía de siempre. — ¡Cómo cambian los tiempos! ¡En la sucesión lenta de las horas, cuántos hechos dolorosos ó alegres podían ocurrir! Y en la mente soñadora de la muchacha brotaban pensamientos de amable filosofía uno á nno. ¿Quién la dijese el día antes, que Linares, de sér desesperado y escéptico, de pobre mozo desvalido, tornaría hombre feliz?—En estas consideraciones se entretenía, cose que cose, cuando tras de la puerta que daba á la azotea, escuchó voces y el reír ahogado de Lena, la que á continuación llamó. El corazón dióla un vuelco. Sentía palpitaciones agitadas, turbulentas, que la privaban del pleno uso de la palabra; un raro presentimiento la decía que algo se preparaba tras de aquellos discretos maderos entornados.

—Antoñita, Antoñita . . . Abre, que te vas á llevar una sorpresa . . .

Y Antoñita abrió. Y en el cuadro de luz que la puerta proyectaba sobre la azotea sumida en la obscuridad, vió á Eugenio Linares, radiante, que de la mano de la joven vacilaba en adelantarse hacia ella. Por su genial timidez, se resistía á entrar. ¿No comprendía la señorita Lena que él no era capaz de pisar aquel umbral sin la venia de doña Pepa? Deshacíase en inclinaciones, saludos y cumplidos, rechazando débilmente, con el rostro enrojecido por el rubor, las instigaciones de la pequeña. Al último, hubo de emplear como recurso supremo las ocupaciones de Antoñita. El jamás se atrevió á distraer á las personas de sus quehaceres.

—Pero, Eugenio de mi alma,—dijo Lena con sorna,—¿no piensa usted que Antoñita dejará todo trabajo por su novio? ¡Ea, adentro!

Y Linares penetró en la sala tantas veces objeto de sus imaginaciones de enamorado, seguido de la morenita, que reía, y de la modistilla que, sonriendo ruborizada, bajaba los ojos. Sentóse en el diminuto sofá austriaco. Dibujábase en su semblante una plidez, una satisfacción del deseo cumplido . . . De reojo le veía Antoñita como transformado: su cara parecía menos demacrada,

sus ojos más vivos, su tez no tan amarillenta como la víspera; ¡hasta su vestimenta: el corto pantalón á cuadros, el grasiento saco de color café, la corbata azul deshilachada, adquirieron á los ojos de la enamorada doncella cierto cariz flamante y lleno de brillo!

Encendida que fué la lámpara, que esparcía en derredor tenues rayos azulados, ambas chicas hubieron de tomar asiento á la distancia que de Linares las aconsejaba su recato y honestidad. En seguida establecióse el silencio, un silencio burlón, que movía á risa, pues que en él flotaban infinitas palabras con el pensamiento dichas y muchas ternezas calladas.

Lena, con su habitual gracejo, fué la encargada de romperlo.—¡Vaya con los señoritos! No podían hablar más que á solas. Sí: á solas. El poeta Arsenio, con ser tan hablador, no les igualaría. Pero allí de los apuros cuando un tercero estaba presente, convertíanse en dignos émulos de Teresa Gómez, tan enfurruñada y seriosa que era preciso sacarla las frases con tirabuzón.—Risueña, contó las mañas de que se valiera para atraer al señor Linares á tan ameno sitio:—Le espío en la escalera, segura de que llegaría á las siete, como de costumbre, después

de la cena, dispuesto á encarcelarse en el chiribitil y á cantar duos con la almohada. ¡Buena se la esperaba al bribón!—Llegó, no á la hora justa, sino un poco más tarde, á las siete y cuarto. ¡Quién sabe en qué pilladas andaría! Ella le descubrió cuando entraba en el zaguán, alegre como unas pascuas, y marcóle el alto á la mitad del patio. ¿A dónde iba? ¿A roncar como un bendito? Pues, no señor, nada de ronquidos: que se diese una vuelta por casa, que su novia le aguardaba con el corazón lleno de júbilo. ¿Qué no iría? ¡Dios! ¿A ella con tales remilgos y cosillas impropias de un galán? Y quieras que no, de un brazo hubo de colgarse; y allí le tenía la buena señorita en pago del vestido azul.

Esta no pudo contenerse. Levantóse de la silla, y cogiendo entre sus manos la cabeza de Lena, imprimió en las oscuras guedejas dos besos que sonaron en los oídos de Eugenio Linares á manera de música celeste.

—Oye, dijo la mayor.—¿Y doña Manuela estaba á la ventana cuando ustedes subieron?

—Ahora verás... ¡Ah! sí, ya me acuerdo; nos saludó, y por más señas me dijo á mí con su vocesilla melosa: «cuánto bueno

por estas obscuridades, mi querida señorita Lena.»

Sintió la primogénita alguna inquietud. Temía á la lengua viperina de la vieja más que á las malas entrañas de todos los vecinos juntos.—Pero, serenándose, volvió á su asiento, interrogando á Eugenio.

—¿Con qué ya encontró usted empleo?...

—Sí, Antoñita. Yo hubiera querido decirselo desde luego á usted.

—¡Ji, ji!— rió la morenita.—Se hablan de tú y de usted....

Los rostros de los amantes tiñéronse de rojo vivo. Linares no acertó á disimular su turbación. La costurera, á poco de haber sufrido el bochorno, murmuró, haciendo una mueca de disgusto:

—¡Qué impertinencias las tuyas, Lena! Deberías pensar que el señor....

—¡El señor!.... ¡Ji, ji!.... ¡El señor!.... ¡Ji, ji!....

—Pero, niña ...

Eugenio Linares miraba riendo á la pequeña, como embobado. Aquella muchacha, con sus ribetes de maliciosa y de ingenua, se le metió por las ventanas del alma en cuanto la oyó discurrir. Había tal gracia en sus dichos, tal confianza en su tra-

to íntimo, que pensó él por qué no le había saltado un galán, de aquellos tan abundantes en calles y corrillos de vecindad.—Desde el primer momento hubo de establecerse una corriente de simpatía entre los futuros cuñados. El adivinaba en Lena el tipo opuesto al suyo propio, de mocetona reidora y charlatana; ella le estimó bobalicón y tímido.

—Pues, sí, encontré empleo.... No una gran cosa, pero, en fin, *algo*, nada más que *algo*.... Usted....

—¡Y dale con el usted! A tutearse, señor mío....—gritó Lena.

—Bueno, tú por tú....

Y en breves conceptos explicó el ansiado hallazgo:—Todo lo debía á Urizar. Era tan bueno el pobre Arsenio.... El fué quien, ayudado por Conti, topó con un señor D. Mauricio Orvañanos y Méndez, notario de profesión, con domicilio y oficinas en la calle del Aguila, quien desde la víspera andaba en busca de un escribiente. El redactor de *La Aurora*, por negocios del periódico, trataba y conocía al leguleyo, y sabedor de que existía la vacante y de que el vate se lo había recomendado con insistencia, corrió acompañado de éste á la notaría, con el propósito de conseguir la plaza.

Aque'la misma mañana, del brazo de Arsenio, había presentado á su nuevo amo, quien, luego de haberle sometido á ridículas pruebas caligráficas, gramaticales y aritméticas, le aceptó con el sueldo de cuarenta pesos mensuales, aparte de los dinerillos que Linares pudiera sacar de las arcas de los clientes generosos, que, aunque en menor número de los tacaños, solían encontrarse por esos mundos de Dios.

Ya veía Antoñita que el destino no era un filón ni cosa de ese jaez. Y al decir esto, un chispazo de amargura surcaba las pupilas de Linares. Haber estudiado tanto, quemarse las pestañas durante tres largos años, sufrir vigiliias, insomnios, penalidades mil, con el ardoroso anhelo de saber, para hundirse al cabo en olvidado bufete, en el fárrago de papeles viejos, testamentarias y protocolos, no le parecía, en verdad, fortuna envidiable.

Al callar suspiró.

—¡Quién sabe, Eugenio!—dijo la novia.
—Nada es definitivo. Además, se ven tantas cosas en la tierra...

Había en su voz un velado tono de reproche. Tras de su última frase, otra venía con presura, que se detuvo en sus labios. ¿Por

qué mientras ella bendecía aquel empleo que la daba la dicha, el amor eterno, él se rebelaba contra su suerte, pensando en la infelicidad?—Escapó al ingenio del chico el sentido de tales frases. No era su magín demasiado sutil para darse cuenta de honduras psicológicas. Pero Lena, que no pecaba de modosilla, y que lo tocante á decir verdades nunca se anduvo por las ramas, exclamaba:

—¿Ya lo ve el señor Linares? A mi hermana no le gustan las quejas; para Antoñita es primero el amor que los sueldos...

El aludido hizo un mohín de protesta.

—Hombre, ¿le parece á usted escasa fortuna el haber hallado un emplecillo que le permita no separarse de la novia? ¡Vamos que es usted pretencioso!...

Linares alzó la voz, á fin de acallar las palabras burlonas. No, él no era rebelde, contentábase con poco. Lo que afirmó, no sabía de un *decir*. Tenía ambiciones como todo bicho viviente, pero sentíase dichoso al poder quedarse en México.—Una furtiva mirada de gratitud recompensó su discurso. Antoñita, tímida, inclinó la cara en ese momento invadida por suave rubor; y Lena, que en achaques de noviazgo no era lerda, aban-

donó la silla de pronto, y riendo con picardía, en mitad de la sala, dijo:

—Bueno, señoritos: yo tengo mis asuntos también. Y no se crean: ¡asuntos serios! El pobre morrongo no ha comido. Está malito....

Girando sobre los altos tacones escapó. A lo lejos, escuchábase el fru-fru producido por el raudó vuelo de sus faldas.

Los dos continuaron sentados, sin mirarse. En sus almas se agitaba una profunda gratitud hacia la chiquilla que les brindara un rato de amor á solas. La alegría intensa provocaba en ellos el silencio, la concentración interna que les permitía saborear con fruición su deleite. En el cuarto oloroso á flores marchitas, tibio, como si conservase todavía el calorcillo de los rayos solares, reinaba el mutismo. Rachas débiles de aire; el aleteo blando de las palomillas que revoloteaban en torno de la lámpara, ebrias de luz; el tico tico (tono del reloj puesto sobre la mesa, turbaban apenas la atmósfera soñolienta.

—¿Eres feliz, Antonita?

—Más que tú.... ¡Ay! no esperaba yo esto.... He recibido una sorpresa tan grande.... tan grande....

Se acercaron. Linares arrimóse al extremo del sofá, cogiendo entre las suyas la mano de la muchacha. Su amor, escaso de léxico, como todos, desbordábase en palabras sueltas, sin hilación ni sentido, en vulgaridades que á cuento no venían; en ternuras hasta entonces no usadas. Y la muchacha enmudecía, como si su felicidad, sus sueños, sus aspiraciones modestísimas de chicuela criada en un hogar de la clase media, aspiraciones tanto más raras cuanto que se desarrollaron en el dorado pantano donde toda ambición y todo oculto vicio tienen su asiento, estuvieran reunidas allí, en aquel caballerece que oprimía su diestra.—Nunca había pensado en atraer á Eugenio á las intimidades de su casa. Oponíase á ello, además de su genio medroso, el temor de hacer difícil el curso de sus amores, que, en lo general de los casos, encuentran enemigos en la propia familia. ¡Ah! pero agradecía tanto á Lena su inspiración....

Habló. Uno á uno, trajo á cuento recuerdos encantadores: las Posadas, la noche de Navidad, la cena fin de siglo.... Las entrevistas en la azotea, habían terminado. ¿Quién la dijera que la anterior había de ser a última? Ya no se veían desde lo alto,

por la mañana, cuando torres y techos refulgían al sol. . . . Ahora estarían mano á mano, el uno junto al otro, confundiendo sus alientos y observando en sus pupilas el rápido cabrillar de la emoción. Estaban más unidos, más cerca; pero eran tan bonitas las entrevistas desde la azotea. . . .

Y al murmurar tales palabras, Antofita fijaba los ojos en la alfombra, como si pensara.

—¡Niña! ¿Pero quien te ha dicho que se acabarán? Nosotros podemos hacer lo que se nos dé la real gana.

—No, no lo pienses—repuso sonriendo.— Eso pasó, pasó. . . .

Después hubo de tornar á su silencio. Eugenio la miraba á ratos, embelesado. ¡Estaba tan mona así, con su carita seria y sus ojillos tristes!—¡Señor! Pero no era aquello para desconsolarse, ¿verdad?

Una ráfaga de viento refrescó la nuca de la muchacha, haciendo temblequear los sedosos rizos. Volvióse ligeramente, y, señalando la ventana, dijo:

—Mira, qué preciosa noche. . . .

Sin esperar respuesta, fué hacia el antepecho, clavándose de codos, abstraída en muda contemp'ación, sin moverse al obser-

var que Linares se deslizaba tras de ella, deteniéndose á su espalda y apoyaba la barba en uno de sus débiles hombros huesosos, que dejaban adivinar la suavidad del cutis, á través de la tela vaporosa que los cubría.

Callaron.

Ante ellos, estremecido por el titilar de millares de estrellas, extendíase el cielo, de un tinte azul obscuro. Lévemente ensombrecido en el centro, dilatábase hasta el lejano horizonte, en donde la masa de la tierra se fundía en una pincelada negra, vagamente ondulante. La ausencia de la luna hacía más intenso el brillar de los pequeños astros, que desparramaban en la inmensidad del espacio fino polvillo de luz. Exhalaciones fugaces lo surcaban, sumergiéndose en el azul de súbito iluminado por blanquecina claridad.

—Abajo, en el montón de techumbres y de muros agrietados, aparecían á intervalos luces misteriosas que semejaban ojos de fuego que sonreían á los novios desde la sombra. Los campanarios distantes surgían cual hoscos centinelas, recortando el firmamento con sus moles achatadas. Regueros de luz blanca rasgaban aquí y allá la obscuridad uniforme, ensanchándose hasta las lontananzas sombrías. No muy lejos, las copas de

los árboles erguíanse, en apretado apilamiento de hojas y de ramas.

A sus pies estaba México, luminoso, radiante, como ascua. Linares lo contemplaba con agradecimiento y con odio. ¡Ah! si pudiera conquistarlo, abrumarlo. . . . Y su ambición de provinciano le embriagaba, haciéndole olvidar á la cara prenda de amor que á su lado tenía.

—¡Qué hermosa está la noche, Eugenio! . . .

Y Antofita, con las naricillas dilatadas, respiraba con deleite, prestando atento oído á los rumores y cadencias que hasta ella venían en alas del remusgo. Luego se inclinó. Doblando una de las diminutas ramas del heliotropo, oía las pequeñas flores.—Los ojos de Eugenio, perdidos hasta entonces en la noche, posáronse en el cuerpo frágil de la amada, cuyas curvas se pronunciaron al agacharse ella sobre los tiestos. Miró las caderas apenas núbiles, caderas de niña enferma; los senos, que casi no se advertían bajo la blusa; los brazos delgados. . . . Luego, alzando la vista, observó la nuca, ahondada de una blancura lechosa, sobre la cual alborotaban ricillos de oro.—Lentamente, su tez, de ordinario pálida, se coloreó Tem-

blaron sus labios sombreados por tierno bozo, é inclinándose también, imprimieron un beso ardiente que hubiese sido largo, eterno, si la chica no se irguera con violencia.

Había en su semblante un gesto de ternura y de enojo, que le confundió. Primero hubo de observarle con mirada seria; al fin rió, levantando sobre la cabeza de Eugenio las aliradas manos.

—No, señorito mío. . . . Eso será después, más tarde, nunca si usted lo quiere. . . . Pero ahora no. . . .

Linares suplicó:

—Antoñita. . . .

Ella quedóse inmóvil, sonriendo. ¡Pícaro hombre! ¿Para qué quería besos? No, aquello no era propio de un caballero como él. Y retrocediendo hacia la ventana, cogió un puñado de heliotropos; luego, besándolos, se los entregó.

—Toma. Allí va mi beso; bésalos tú también. . . .

Largo silencio siguió á sus palabras. Linares cogió trémulo el ramillete, apoyándose después en la hoja de la ventana, entristecido. De espaldas á él, la joven proseguía en su tarea de escudriñar la tierra que daba vida á las flores.

A lo lejos, escucháronse las carcajadas de Lena, confundidas con la voz dulzona y un tanto cascada de doña Pepa.

VII

Cayó el telón en medio de una tempestad de silbidos.

En las lunetas, una muchedumbre heterogénea, compuesta de señoritos de levita y sombrero hongo; de comerciantes al por menor, con el traje grasiento, oloroso á mercaderías; de obreros de manchada blusa y curtidas manos, aullaba, hundiendo el desigual piso á bastonazos, con la garganta deshecha á fuerza de gritos, descompuesta la faz por sorda rabia.

—¡Al foso! ¡Al foso!

—¡La bella Clara! ¡Ja, ja!

La hez mal oliente y andrajosa conmovía el ahumado recinto con vociferaciones roncadas. De la obscura galería, apestada con los hálitos del alcohol y del pulque, el sudor que empapaba los pingajos de la turba amontonada, la mugre humedecida sobre los cuerpos trémulos, brotaba un mugido discordante, ruidoso, que al unirse con el que de abajo ascendía, atronaba los ámbitos cual tempestad desencadenada. — Un señor panzudo, de limpsimos lentes montados con petulante gallardía sobre la nariz, exclamaba, de pie, junto á uno de los palcos:

—¡Caballeros, eso no puede soportarsel Entiendo que....

Pero no pudo continuar. Un chillido agudo, metálico, le interrumpió. Volvióse airado hacia el sitio de donde el grito salía. Una prostituta joven, flor del vicio, pequeña, desgarbada, con el rostro arrebolado por el colorette, habíase subido en la butaca, agitando los brazos.

— ¡A la cárcel con ese Urizar!

— ¡Más inmoral que nosotros es él y la grandísima alcahueta de su madre!

Un oficial de gendarmes, de plateados galones y barba hirsuta, lanzóse sobre ella,